

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

EL 11 DE NOVIEMBRE

Eliseo Reclus se entristeció un día viendo unos obreros leyendo un periódico deportivo, pero dominó su sentimiento pensando que si había en la humanidad individuos de una despreocupación tan trágica, había también hombres que sabían morir por la salvación de todos, como hicieron los anarquistas de Chicago que subieron valerosamente al cadalso el 11 de noviembre de 1887.

Sentimos una íntima satisfacción al recordar hoy nuevamente la tragedia de Chicago; queremos refrescar el espíritu en la contemplación del heroísmo de aquellos mártires y consolar el corazón del espectador de esta hora de fascismo y de bolchevismo internacionales. Los pueblos han caído tan bajo en sus abdicaciones, han perdido hasta tal punto el respeto a sí mismos en la oleada de las dictaduras y despotismos post-bélicos, que parecen incapaces para distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Apenas si algún raro ejemplo de sacrificio individual logra afirmar la fe en el porvenir y conmovir la pasividad suicida de las grandes masas frente a los nuevos tiranos. ¿Qué hablamos de pasividad! También hay adhesión, porque el fascismo, la dictadura bolchevista, el régimen militarista español no se explican sin una base de apoyo efectiva en las grandes masas del pueblo.

La humanidad ha retrogradado mucho, si no hacemos con eso una ofensa al pasado. La barbarie, el salvajismo, la crueldad, la insensibilidad ante el mal y la injusticia, son características de esta hora. Las fuerzas del progreso han quedado reducidas a su mínima expresión. La bestia humana se ha desencadenado y no encuentra vallas a sus estragos.

Hay, sin embargo, síntomas de resurrección. La serie de atentados individuales contra los dictadores, en Italia y España, nos recuerdan los actos heroicos de los nihilistas rusos que prepararon con su sacrificio, en los atentados contra los zares y los verdugos del pueblo, la mentalidad revolucionaria de Rusia. En las épocas de extremo rigor político y represivo, cuando el pensamiento no puede expresarse libremente, surgen los hechos individuales. Y en estos momentos, en la mayoría de los países de Europa, imposibilitados para desplegar una propaganda a la luz del día, para levantar una organización pública, los anarquistas tendrán que abrirse camino a fuerza de

espíritu de sacrificio y de abnegación personal. Se han producido ya los hechos de Masachs Torrent, de Gino Lucetti, de Anteo Zamboni, y no serán esos los últimos. La suerte de esos compañeros, de los que viven, no será menos dura que la de los anarquistas de Chicago; pero así como la sangre derramada en el ca-

conquista de la jornada de ocho horas, los adelantos técnicos y la situación actual del mercado capitalista, hacen ineludible la conquista de las seis horas. Y sabemos bien que esa reducción de la jornada de trabajo no será concedida sin luchas, sin gestos de audacia, sin choques violentos entre los desposeídos y los privilegiados. Además sabemos que las grandes masas prefieren la muerte lenta y todas las humillaciones a cometer el grave pecado de la rebelión contra un orden de cosas inicuo e intolerable. Sabemos que la mayor resistencia a la conquista de las seis

tempestades que surjan y que dificulten la tarea".

Hora histórica de una gravedad sin precedentes, esta en que nos ha tocado vivir, hay que esforzarse por estar a la altura de las circunstancias y de la grandeza de nuestra causa.

La maldición de la calumnia

No ofrece duda que hay más tontos que listos; pero, asimismo, estoy persuadido que hay más, mucho más, buenos que malos. De donde debiera seguirse que la mayor parte de los hombres se muestran mejor dispuestos a acoger las noticias y juicios que enaltecen a un semejante, que no aquella insinuaciones y confidencias menospreciadoras del prójimo. Y, sin embargo, acontece al contrario. ¿Por tontería? Sí, y en parte, por cobardía.

La propensión a observar y luego propagar murmuraciones maliciosas y calumniosas es mayor cuanto más baja, plebeya e inculta se halla la naturaleza del individuo. A medida que la naturaleza se eleva, educa y ennoblece, atenuase hasta desaparecer, el hábito de murmurar sin fundamento en materias que tocan la honra ajena. Para un ánimo noble nada hay tan repugnante y doloroso como ofendrar nombres ausentes por manera liviana y jocosa, sin acompañar la acusación de prueba. Nada más vil que la calumnia. Y la vileza se agrava cuando la calumnia es solapada y clandestina.

Desgraciado el pueblo en donde la calumnia que a la ventura aventaja el intrigante, el desalmado o el insensato cae siempre en terreno fértil y a propósito!

R. PEREZ DE AYALA

Sumario de este número

REDACCION:

El 11 de Noviembre

R. PEREZ DE AYALA

La maldición de la Calumnia

D. A. DE SANTILLAN

Por la creación de comunidades agrarias

E. LOPEZ ARANGO:

Confesión de impotencia

JEAN GRAVE:

Páginas de la vida de un proletario

EMMA GOLDMAN

La prostitución

PEDRO KROPOTKIN:

El hombre—La producción—La vida

Bibliografía

Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, Ohio.

Respuesta de Artemis Minerva



¡ PASA MUSSOLINI !

dalso en 1887 no paralizó la lucha por la jornada de ocho horas, tampoco el sacrificio de los anarquistas italianos y españoles que ofrendan su vida en holocausto a la lucha contra las dictaduras, tampoco ese sacrificio ha de impedir que los dictadores caigan y que se susciten fuerzas cada día más atrevidas para quitar de en medio las barreras que se oponen al progreso humano.

También nos complace en recordar la fecha en que Parsons, Spies, Fischer y Engel subieron al cadalso, porque así como en su tiempo se imponía a los trabajadores la

horas no ha de estar en el capitalismo, sino en los mismos trabajadores. Para reconfortar el ánimo frente a esa desesperante paradoja, elevamos la mirada al panorama histórico del martirologio anarquista. Así como Reclus pensaba en los bravos combatientes de Chicago cuando veía a un obrero leer un periódico deportivo.

"Grande es la verdad, y la verdad prevalecerá", dijo Fischer, el mismo que seis horas antes de ser ahorcado, escribía a Johann Most: "Lleva alta nuestra bandera, siempre adelante, cualesquiera que sean las

D. A. DE SANTILLAN

Sobre experimentación anarquista Por la creación de comunidades agrarias

La discusión que se viene sosteniendo en el diario desde hace varios meses revela por lo menos un interés innegable en nuestro movimiento por lo que podrían llegar a ser las comunidades agrarias, que hasta ahora no son más que una idea apenas esbozada en la prensa y en las conversaciones particulares. Ese interés evidente nos incita a volver sobre el asunto y sus generalidades, en la convicción que los detalles habrían de resolverse mucho más en la práctica que en la teoría.

La idea general es ésta: Se trataría de aprovechar la circunstancia de la relativa facilidad para adquirir grandes extensiones de tierras en estos países semicoloniales y fundar en ellas poblaciones propias bajo el control del movimiento anarquista y con el apoyo material y moral de éste. En lotes de 100 a 200 hectáreas pueden establecerse 40 ó 50 familias representando diversos oficios y combinando una labor agrícola con ocupaciones industriales propias de las aldeas y pequeñas poblaciones. La vida sería fácilmente asegurada debido a la existencia de los alimentos principales: la carne y la verdura; puede adelantarse que la manutención en el campo no sería un problema, sobre todo con un poco de dedicación y de trabajo regular. Con la venta de los productos excedentes, o con el trabajo de los miembros de las comunidades para las poblaciones de los contornos no sólo se tendría para sufragar los gastos y el costo de los mejoramientos a introducir, sino que habría de quedar un remanente cada vez mayor, bien para la fundación de nuevas comunidades, bien para el fomento de la propaganda de nuestras ideas. El que conoce la vida del campo y sabe lo que puede producir una granja, sabe también perfectamente que desde el punto de vista material, contando con el trabajo, una vez superadas las primeras dificultades, las comunidades agrarias de que hablamos no pueden fracasar. En cuanto a las primeras dificultades, teniendo presente la posibilidad de la adquisición de tierras a pagar en unos 30 años, nos parece que podrían ser allanadas con muy poco sacrificio material de parte de los compañeros. Si en esos treinta años no estamos en situación de poder influenciar de un modo decisivo la orientación social, entonces nuestros descendientes sabrán proceder como mejor convenga a la prosperidad de nuestro movimiento.

Hemos hecho hincapié, además, en el carácter colectivo de esas comunidades; pertenecerían al movimiento anarquista como pertenecen los periódicos e imprentas y bibliotecas que fundamos en las ciudades para tener en todo ello instrumentos de propaganda. De esa manera no incurrimos en los defectos de las viejas colonias anarquistas, formadas por unos cuantos compañeros que se aislan de la vida real y terminan por cansarse, por aburrirse y reñir entre sí. Las comunidades agrarias que nosotros propiciáramos estarían en continuo contacto con el resto del movimiento, no serían más que una especie de prolongación de ese mismo movimiento hacia el campo y servirían, desde el punto de vista de la propaganda, para complementar la labor teórica de nuestra prensa y las luchas gremiales de nuestros sindicatos. No nos referimos a las minucias legales para la realización de esos propósitos, porque si es verdad que existen ciertos impedimentos, la existencia misma de la imprenta de LA PROTESTA significa que esos impedimentos pueden ser eludidos, sin ninguna eludicación y sin ningún compro-

miso ante el Estado, aparte del pago de los impuestos y demás.

No hemos entrado a discutir los detalles de la organización técnica de las comunidades, porque habrían de ser los mismos interesados los que, guiados por la experiencia de cada día, buscasen la mejor forma de trabajo y de convivencia. Eso va en gustos y temperamentos; hay individuos que gustan de una vida familiar, otros que prefieren el comunismo, etc. Sobre todo eso sería la libertad la única ley.

Volvemos a repetir que no pretendemos dar una nueva orientación al anarquismo ni al movimiento anarquista. Defendemos como el que más la existencia de un movimiento obrero afín y reconocemos bien el valor de las luchas cotidianas de los trabajadores contra el capitalismo y el Estado; y cometeríamos una inconsecuencia con sólo dudar del valor de la propaganda que realiza nuestra prensa, dedicándole, como le dedicamos, lo poco que valemos. Lo que decimos es que todo eso es poco, que todo eso no es bastante y que ningún mal podría venirnos de una experimentación agraria en el sentido expuesto; al contrario, tendríamos en ella un complemento de valor incalculable para la concentración de las fuerzas de la revolución.

Sobre las razones que nos han llevado a encarar esa perspectiva de desarrollo de nuestro movimiento, no tenemos necesidad de insistir. Es bien evidente que el industrialismo va haciendo progresos arrolladores y que donde quiera que el industrialismo asienta sus reales, la ideología libertaria es desalojada o reducida a su mínima expresión. Quisiéramos oponernos de alguna manera a la marcha del capitalismo y no podremos hacerlo más que si logramos llamar la atención del mundo sobre un régimen de vida más sencillo y humano, menos artificioso e injusto. Por otra parte, como el pensamiento de la revolución no muere en nosotros, pensamos que un día llegaremos a estar en condiciones de instaurar una vida libre y las grandes ciudades del capitalismo nos parecen obstáculos muy graves y en realidad insuperables si no contamos con una base efectiva en el campo, donde se producen las materias primas y los alimentos principales, y donde, además, el hombre sabe obrar con más independencia y ocupa ya hoy una posición mental mucho más adecuada a la vida sin amos y sin tiranos que la del obrero industrial.

Algunos camaradas, muy preocupados de los "principios" del anarquismo, pero que sin embargo no advierten que el anarquismo mismo, de seguir así, ve obscurcidas sus perspectivas de avance por mil factores externos e internos, quisieran poner obstáculos al desarrollo de las comunidades agrarias — que no son todavía más que un ensueño —, entrevienen quién sabe cuántos peligros puramente imaginarios. Mas convendría señalar los peligros efectivos en que corremos el riesgo de quedar anulados, que no dedicarnos a ver fantasmas en pleno día. Algo más de amplitud de espíritu y menos repetición mecánica de frases y de conceptos hechos, no estarían de más. Los principios del anarquismo no tienen por qué correr riesgo alguno en la experimentación por nosotros propiciada, como no lo corren en el sindicato ni en ninguna otra acción a que sirven de estímulo y de aliciente. Lo que puede discutirse es si el esfuerzo que reclamaría la instalación de las comunidades agrarias promete estar en relación con los

resultados prácticos para el movimiento. Nosotros sostenemos que sí. Otros pueden sostener que no. Pero traer a colación un supuesto peligro para el anarquismo, nos parece que es ver fantasmas donde no deben verse. Donde el anarquismo corra el riesgo de degenerar no es en la acción, sino en la inacción, en la crítica puramente negativa.

Estamos convencidos de la relativa ineficacia de nuestra agitación en las ciudades; nos parece que estamos en un callejón sin salida, tanto con fuerza efectiva para obrar decisivamente, como sin fuerza alguna para empresas de cierto alcance. Tal vez todos los compañeros no adviertan esto y no se sientan inquietos ante la visión de un porvenir más que inseguro. No queremos turbarles en su confianza. Consideramos que, aunque no tenga muchas perspectivas nuestra propaganda en las grandes ciudades, es sumamente necesaria. En las ciudades se gesta el ideal de la revolución, pero no triunfa más que en el campo, con la cooperación activa del campo. Y para eso, y como ensayo experimental, quisiéramos que se probara la eficiencia de la comunidad agraria realizada por el movimiento entero, bajo su control y su apoyo. Podremos tener una opinión favorable o desfavorable de todo lo que se hizo hasta aquí en esa materia. Esa opinión importa poco. Lo que importa es que no somos adversarios de que se recurra a todos los medios que no estén en contradicción con nuestros fines. Libres son los camaradas

que quieran crear sindicatos de resistencia de trabajadores del campo, con el apoyo de todo el movimiento, libres son los que deseen crear organismos de colonos afines para la propaganda de nuestras ideas en su ambiente, libres en fin los que consideren más conveniente emplear otros medios. Todo esfuerzo que tienda a acrecentar las fuerzas y el radio de acción del anarquismo es bienvenido y merece el apoyo material y moral que el movimiento entero esté en situación de prestarle.

Sin embargo, a juzgar por los opinantes sobre la encuesta relativa a la cuestión agraria planteada por la redacción de LA PROTESTA, la idea de las comunidades ha hecho progresos. Hasta se ha intentado llevarla a la práctica por un grupo de compañeros de San Rafael. Nosotros estimamos que para ser todo lo eficaces que debieran ser y para eludir su transformación, un día, en empresas de lucro privado, habría que crearlas con el apoyo y la solidaridad del movimiento entero y someterlas al control de éste, como lo está nuestro diario y todas sus dependencias. Esta condición es muy importante, es esencial, porque al mismo tiempo que las distingue de las colonias anarquistas conocidas hasta aquí, les haría reconocerse órganos para el fomento de la mentalidad revolucionaria, cuya trayectoria sería la misma del movimiento obrero.

E. LOPEZ ARANGO

CONFESION DE IMPOTENCIA

Un alegato de la social-democracia rusa

Comprendiendo que pierden prestigio en las masas trabajadoras de Europa y que ese es un síntoma peligroso para su dictadura sobre el proletariado ruso, los dirigentes del gobierno de Moscú, por intermedio de los agentes de la Tercera Internacional, hacen periódicas reclutas de "visitantes" — socialistas, bolcheviques y sindicalistas — encargados de hacer asombrosos descubrimientos en el país de los Soviets. Casi todas las delegaciones social-reformistas regresaron de Rusia, convencidas de las excelencias del régimen bolchevique, y tuvieron un interés especial en divulgar su convencimiento...

El sistema de las visitas de adversarios... a los que existe en todos los casos la posibilidad de convencer, parece que da buenos resultados a los dictadores rusos. Con el informe de la delegación inglesa del trade-unionismo — que estando constituida por enemigos más o menos declarados de los procedimientos bolcheviques, regresó a Inglaterra encantada de las cosas de Rusia — la Internacional comunista intentó dar un nuevo golpe a los líderes de la social-democracia europea, o cuando menos conseguir que se les abrieran las puertas de Amsterdam en igualdad de condiciones.

Parece, sin embargo, que el efecto de las declaraciones de los "convertidos" británicos no fué todo lo amplio que esperaban los dictadores comunistas. De ahí que los agentes políticos de Moscú hayan preparado una nueva recluta de visitantes, entre los que debieran figurar también algunos representantes del sindicalismo revolucionario... No sabemos si los posibilistas de la revolución sindical aceptaron el papel de "investigadores", que lleva implícito el compromiso de admitir como real todo lo que confeccionan previamente los cicerones oficiales y la "mise en scene" que oculta las deformaciones del régimen bolchevique. Pero, a lo que parece, una nueva delegación social-reformista, bien nutrida y pertrechada, acaba de hacer un viaje de exploración al país de los Soviets.

La social-democracia europea tiene la opinión del capitalismo en todo lo que se relaciona con Rusia. Cuando Inglaterra, Francia y Estados Unidos fomentaban la contrarrevolución y sostenían el blo-

queo económico como recurso para destruir el régimen bolchevique, los socialistas hacían coro a la burguesía en todas sus hipócritas lamentaciones. Pero en cuanto las grandes potencias modificaron su política y prefirieron atraerse a los gobernantes comunistas con la promesa de créditos y de su reconocimiento oficial, los jefes socialistas comenzaron a descubrir algunas cosas buenas en el régimen del Soviet.

Puede decirse que las delegaciones de visitantes socialistas comenzaron después que habían visitado a Rusia delegados de la industria y de la banca europea y norteamericana. El socialismo burgués, aun difiriendo en la apreciación de las fórmulas políticas de la dictadura bolchevique, aceptaba la reanudación de las relaciones comerciales y el reconocimiento diplomático del gobierno de Moscú en los casos en que era recomendada esa actitud por fuertes industriales o banqueros. De ahí que en el programa de todos los partidos social-demócratas figure el reconocimiento de Rusia — por razones puramente económicas, del dominio capitalista —, aun cuando teóricamente los jefes de las Internacionales reformistas continúan su lucha contra el fantasma de la "dictadura del proletariado".

En la nueva delegación que fué a Rusia estaba fuertemente representada la social-democracia alemana. El grupo alemán es el más propenso a dejarse conquistar por los halagos bolcheviques. Pero como en Alemania está la sede del llamado partido social-demócrata ruso — de los restos dispersos de ese partido, que quedó fuera del reparto de puestos en el régimen del Soviet y por ello mantiene una platónica oposición al grupo marxista victorioso —, a los delegados germanos se dirigieron los socialistas rusos en demanda de apoyo para su causa.

Difícil es saber lo que quieren los social-demócratas rusos. En la carta dirigida al grupo alemán de la delegación que últimamente fué a Rusia, que es un alegato de impotencia más que una protesta contra las violencias bolcheviques, los presuntos opositores a la dictadura — porque no la ejercen ellos — hacen curiosas declaraciones. Veamos las partes más interesantes de lo que se conoce

de esa apelación política en un pleito ganado por los más audaces e inescrupulosos:

"El mayor interés de los socialistas que estudian a Rusia tal cual es, debería concentrarse en la contradicción fundamental que existe entre el bolcheviquismo y la socialdemocracia rusa e internacional. La expresión más fuerte de esa contradicción es el contraste entre los métodos socialistas de libertad y de democracia. Antes de resolverse a aprobar los procedimientos comunistas en Rusia, un socialista debería informarse de si el poder del partido comunista que domina en Rusia es realmente el poder de la clase obrera, permitiendo la libre expresión de la voluntad de la mayoría del proletariado. Al someter a un examen objetivo las garantías que la constitución soviética y el sistema de gobierno de los bolcheviques ofrecen desde el punto de vista de esa libertad de opiniones y de expresión, el socialista no debería dejar inadvertidas la prohibición de toda actividad del partido socialista y la persecución de sus miembros".

Al hacer referencia a anteriores delegaciones social-demócratas que, como la de las Trade-Unions inglesas, regresaron de Rusia deslumbradas por el oropel bolchevique, los socialistas rusos expatriados declaran lo siguiente:

"Es verdad que los delegados plantearon la cuestión de las persecuciones de que son objeto los socialistas durante su estadía en Rusia, y en los informes que presentaron a su regreso; pero sus declaraciones no están fundadas en sus propios estudios y juicios, sino sobre los argumentos comunistas, lo que está confirmado por el hecho de que en su crítica a la actitud de los socialistas rusos se han valido de las aserciones erróneas que los bolcheviques han puesto en circulación sobre nuestro partido, para justificar los procedimientos de terror".

He aquí lo fundamental de esa declaración, en que se confiesa la impotencia de la social-democracia rusa. Los socialistas rusos aspiran a que se les tolere en el régimen bolchevique, comprometiéndose a acatar las leyes del Soviet y a no intentar un cambio violento de la situación. Dice la carta ya mencionada:

"Somos adversarios de la dictadura comunista; estamos persuadidos de que el advenimiento de la clase obrera no puede realizarse por medio de esa dictadura y de que la dictadura traba la independencia del proletariado; pero también estamos convencidos de que la vía de la lucha armada contra el gobierno de los soviets llegaría a juntarse con la vía de la contrarrevolución. Esta es la razón por la cual nuestro partido siempre ha sido contrario a toda intervención, abierta o disimulada, y durante la guerra civil exhortó a sus adherentes a la lucha armada contra la contrarrevolución de los junkers y de los militares. Nuestro primer deber es obtener que nuestra oposición sea legalmente reconocida por la constitución de los soviets; nuestro medio para llegar a ello es luchar obstinadamente a favor de postulados parciales, a objeto de conseguir la democratización de esa constitución o, mejor dicho, su plena realización.

"Es lo que salta a la vista de cualquiera que conozca un poco la socialdemocracia rusa. Pero a pesar de eso, los delegados que fueron a Rusia — y entre ellos también socialistas —, creyeron poder justificar las persecuciones contra los socialistas rusos pretendiendo que quisieron provocar una rebelión armada. La falsedad de esa aserción queda demostrada por el solo hecho de que, entre los centenares y miles de socialistas rusos que vegetan en los calabozos o en el destierro, no hay uno solo que sufra su pena de resultados de un fallo de tribunal; todas son víctimas del poder administrativo arbitrario. ¿Qué significa eso? Significa que los comunistas no pudieron entablar contra los socialistas ninguna acción legal; significa que la actividad de los socialistas no está en contradicción con la constitución soviética; significa que los comunistas, que ignoran voluntariamente la constitución por temor a la opinión pública y a las leyes, luchan contra la socialdemocracia por medio de la arbitrariedad administrativa".

La democracia europea puede tomarse el trabajo de defender la causa de los social-reformistas rusos. Pero ese es un proceso dependiente de la evolución de

JEAN GRAVE.

Páginas de la vida de un propagandista

Sólo permanecí una noche en el Depósito. Al día siguiente fui trasladado a Mazas. Me alojaron en la primera División. El guardián era joven. Recién dado de baja del regimiento. Vino a conversar conmigo. Me contó que había intentado entrar en el ferrocarril, que contra su voluntad le habían metido a carcelero, pero que no pensaba prolongar su función de tal, lamentando haberse extraviado en ese presidio.

Pero sus visitas cesaron bruscamente. Al cabo de algunos días fui sacado de la primera división y trasladado a la tercera.

Durante semanas y semanas estuve sin recibir ni cartas ni ninguna noticia de fuera. Por mi parte, me guardaba bien de escribir a quienquiera que fuese, pensando que eso no podía sino proporcionar molestias a mis corresponsales. Yo pensaba, sobre todo, en los Benoit, mis parientes de la calle Mouffetard, quienes, aunque no se ocupaban en modo alguno de la propaganda, habían sufrido dos reclusas ya por el simple hecho de que vivían en la misma casa que yo, y porque no vacilaban en responder por mí a mis visitantes cuando yo me ausentaba.

Al día siguiente de mi arresto fui llevado a la instrucción, pero no recuerdo nada de la entrevista.

El juez de instrucción era un tal Meyer, un sucio judío, — hay gente sucia en todas las razas, pero el epíteto se aplica demasiado bien al personaje para no discernirse —, quien, parece, quería que se pronunciase su nombre "Mayet". Más tarde fué nombrado diputado. Una prueba más de que los electores no están asqueados.

Había buscado alguna distracción en la lectura, pero los libros del establecimiento contenían puras idioteces, en la gran mayoría de los cuales faltaban la mitad de las páginas, que no reemplazaban las inscripciones sobre los márgenes dejadas por aquellos por cuyas manos habían pasado. Aunque a veces las hubiera visto divertidas.

Hacia cuatro ó cinco semanas que me aburría esperando de esta manera, cuando me vinieron a buscar para ir a la instrucción.

Legado al gabinete de M. Mayer, — ¡perdón, M. Mayet! — este último se apresuró a anunciarme que yo era perseguido por la "Sociedad Moribunda". Y, al decirme ésto, sus ojos centelleaban de malicia. Se veía que gozaba en servirme este pequeño aperitivo, en espera del proceso más substancial por la "Asociación de Malhechores".

Le observé que hacía cerca de seis meses que el volumen había aparecido y que, por lo tanto, la prescripción se había cumplido.

Había una nueva edición y era a ésta a la que se perseguía. Esto era por jesuitismo, pues no creía que valiera la pena de discutirse. Yo había tenido una discusión con Stock. Un armador, que trabajaba en la imprenta donde se había impreso "La Sociedad Moribunda", me había afirmado haber visto salir los clichés para hacer un nuevo tiraje. Yo se lo había dicho a Stock, quien negó tal cosa. Posiblemente no fuera más que un chisme sin fundamento, pero eso venía a relacionarse con otras discusiones, y yo estaba furioso contra Stock.

Interin, Rétte había venido a verme diciendome que uno de sus amigos, que consideraba "La Sociedad Moribunda" como un buen libro de propaganda, se ofrecía

para correr con los gastos de una edición popular.

A pesar de mis altercados con Stock, le participé tal ofrecimiento, y le propuse que se encargara de él. Pero Stock era enemigo de las ediciones baratas. Rehusó discutir el negocio.

—Lo haré sin usted.

—Lo hará retirar de la circulación.

—Eso es lo que veremos.

Un camarada belga, Juan Tordeur, obrero tipógrafo, me propuso que él se encargaría de la impresión del volumen, y logró hacer una hermosa pequeña edición, a la que yo había agregado un capítulo, "El Método Experimental", en el que hice hincapié para justificar las persecuciones, aunque ningún pasaje figurase entre aquellos que se perseguían.

El gobierno belga, para no atraerse el enojo del gobierno francés, le ganó de mano a éste, y persiguió al camarada Tordeur, que fué igualmente condenado a dos años de prisión.

El camarada a quien me había presentado Rétte, era arquitecto. Había edificado una casa de renta cerca de los Inválidos. En relación con los camaradas impresionistas, tuvo la idea de hacer ejecutar por muchos de ellos cuadros para adornar la casa susodicha. La prensa habló de ello; ésto no tuvo éxito con el propietario, quien, escandalizado, los hizo enjabeigar. Había allí cuadros de Luce, de Signac y, si mal no recuerdo, de Pissarro.

En lo sucesivo, este camarada fué uno de mis mejores amigos.

Vuelvo a mi asunto.

Perseguido por "La Sociedad Moribunda", fui trasladado a la Conserjería, donde se me puso en una celda en la que se encontraba ya un joven apache de diez y siete ó diez y ocho años, y que estaba en su décimasegunda, décimasexta o décimaseptima condena. De lo que no estaba poco orgulloso y lo que le daba cierta gloria entre los guardianes.

De acuerdo con la ley, que condenaba a los anarquistas al aislamiento, vinieron a buscarle por la noche para trasladarlo a otra parte, pero tuvo tiempo de relatarle una parte de su historia.

Huérfano a temprana edad, abandonado a sí mismo, había comenzado por robar pan y los tarritos de leche que los abastecedores depositaban a la puerta de los clientes todavía dormidos. Luego siguió con los escarapates, y, en fin, con el ataque nocturno.

Hablaba de esto como si se refiriera a un oficio cualquiera. Sus condenas eran sus galones y condecoraciones. Pasible de confinamiento, se gozaba ya de antemano.

Los días siguientes le oí — las galerías de paseo estaban cerca de mi celda — rezar en medio de un círculo de guardianes que reían con sus historias, de las cuales muchas no eran, tal vez, más que jactancias.

El 28 de febrero pasé al juicio. Bulot, que debía difamarme, se vanagloriaba según parece, en los pasillos, de que me haría "obtener" cinco años, el máximo.

Como lo he apuntado, en su requisitoria, Bulot no dejó de leer mi suelto je la "Révolte", sobre la legislación, que él no había podido digerir. A pesar de todo, no obtuvo sino dos años. Es verdad que era yo el que tenía que cumplirlos.

El presidente, cuyo nombre he olvidado, dió al interrogatorio tal giro que yo no pude meter baza. Esto fué llevado de mano maestra y terminado antes que tuviese tiempo de decir esta boca es mía.

Saint-Auban hizo un brillante alegato. Fui yo el que no estubo brillante. Obsesionado por la idea de que estaba prohibido leer, sea lo que fuere, en un proceso, yo no había preparado ninguna declaración. En cuanto a improvisarla hubiera tartamudeado. No podía, sin embargo, retirarme sin decir nada. Recurrí a la declaración de mi primer proceso.

—Acepto la responsabilidad de lo que he escrito. No reconozco a nadie el derecho de impedirme decir o escribir lo que pienso. Sois los más fuertes, haced lo que queráis. Eso no me impedirá tener razón.

Esto era monótono como tema... pero yo no podía embarcarme en extensas consideraciones. Y, después de todo, no era el mismo público.

Pero, terminada la representación, ¿qué es lo que veo? Mi defensor atraviesa el pretorio para ir hacia monsieur Bulot, que avanzaba con la mano extendida. Saint-Auban felicitando a Bulot por su requisitoria y Bulot felicitando a Saint-Auban por su alegato. Los dos estrechándose la mano como dos viejos compañeros!

Ajalbert nos había dado ya este espectáculo en su pieza "La Fille Elisa". Esto no impidió que el acto me chocara en el momento. Pero no hay que perder de vista la influencia del medio, de la costumbre y otros factores similares. Saint-Auban, estoy cierto, me defendió con convicción y se tiró a fondo. Lo que no impide que lo que se llama la justicia sea una famosa comedia.

Fué a Ajalbert a quien yo me dirigí para que viniese a defendirme. Pero él no estaba en buenas relaciones con los jueces. Encargado en el último momento de la defensa de Vaillant, que había arrojado una bomba en plena Cámara de diputados, encontrando que no tenía el tiempo necesario para estudiar el expediente, pidió que se postergara el asunto, lo que le fué rehusado. Considerando que encargarse de la defensa en esas condiciones sería participar en un asesinato, Ajalbert rehusó asumir la responsabilidad de la defensa de Vaillant, y devolvió el legajo.

Lo que, por otra parte, no detuvo a los jueces, habiendo aceptado Laborie encargarse de la defensa.

No habiendo podido defender a Ravachol, ¿no quería dejar escapar a Vaillant?

Al pedido que yo le había hecho, he aquí lo que me respondió Ajalbert:

"Mi querido Grave: Me sería imposible asistirle, por razones que yo no puedo indicar en extenso aquí, en el caso de que fuera usted perseguido por su libro.

Estas razones, estoy seguro, las aprobará, y estoy seguro también que no considerará mi rechazo como una defeción de mi simpatía por su persona y su talento. No está allí el quid, ¿no es cierto? Dos días antes de recibir su carta publiqué un artículo sobre usted y su obra.

Mi parecer es que se haga defender, en esta ocasión, desde el punto de vista del derecho estricto, por un juriconsulto.

No es el proceso de la anarquía el que se instruye, sino el del pensamiento humano, todo entero y en condiciones particulares, con leyes especiales, recientemente promulgadas. Sería menester, desde el punto de vista de la ley, demostrar lo que valen esas leyes, sobre todo en el caso de su libro. Si quiere que encuentre un defensor en este sentido, estoy a su disposición.

Siempre cordialmente suyo.

J. Ajalbert.

19 de noviembre de 1893."

Sin duda, hubiera debido prescindir del abogado. Considerando las monerías de la injusticia como una comedia, ¿por qué prestarse a ellas?

Evidentemente. Pero si no he retrocedido jamás ante ninguna de las consecuencias que entrañaba mi puesto en el movimiento, ni declinado ninguna de las responsabilidades que podía asumir, yo no he creído jamás tampoco que fuese necesario acatar las condenas sin protestar.

Al lanzarme a la propaganda sabía lo que me esperaba. Atacando a las autoridades era necesario esperar recibir, en cambio, golpes. Eso entraba en la partida de pérdidas y ganancias. Lo que no podría evitar: lo soportaría. Estaba preparado a ello. Pero no tenía ninguna disposición a jugar a los mártires y más no siendo necesario. El miedo de un riesgo no me ha hecho silenciar jamás lo que

tenía que decir, pero ¿a qué forzar la nota?

Cuando se trataba de atrapar seis meses de prisión podía uno dejar a un lado a los jueces y rehusar jugarles su juego. Pero en presencia de cinco años a atrapar, sin contar los veinte de cárcel que nos reservaba el proceso que venía, por "Asociación de malhechores", consideré que hubiera sido estúpido dejarme acoger sin defensa, sobre todo cuando no podía contar con mi "elocuencia" para eso.

Era por eso que yo me había dirigido a Ajalbert para que viniese a defenderme. Le respondí, pues, que le agradecería que me encontrase a alguien que le reemplazara, no conociendo yo, por mi cuenta, a nadie a quien dirigirme.

He aquí el telegrama por el cual Ajalbert me recomendaba a Saint-Auban:

"Mi querido Grave: Mi colega y amigo Saint-Auban acepta la defensa. El le irá a ver en seguida. Conoce su libro y se encuentra, pues, bien preparado. No es el Saint-Aubin del que me han hablado y a quien yo no conozco. Es, créame, con conocimiento de causa que le aconsejo poner su defensa al cuidado de Saint-Auban. Será defendido por un filósofo y un jurisconsulto de espíritu amplio como pocos. Suyo, J. Ajalbert."

Fué de esta manera como conocí a Saint-Auban, de lo que sólo tengo que felicitarle.

En cuanto al Saint-Aubin de quien habla Ajalbert, yo no lo conocía sino por haberme encontrado una vez con él y porque él me había hecho decir que se encargaría de buena gana de mi defensa.

Vuelto a Mazas y metido yo no sé en qué división, no había tenido tiempo todavía de instalarme, cuando volvieron a buscarme para conducirme a otra división, en una celda bastante sucia.

A la caída de la noche volvieron a buscarme y me llevaron a una pieza, donde se encontraban dos guardianes, que me intimaron a que me desvistiera y me endosara un traje de presidiario.

Yo rehusé, apoyándome en mi "calidad" de condenado político, pidiendo ver al director, a quien fueron a buscar o hicieron ver tal cosa.

El director había salido. Pedí ver al inspector. El inspector había salido. Pedí ver al maestro que, me dijeron, le reemplazaba. La misma comedia que para el director y el inspector. ¿Eso era la administración Benoitin! ¡Todo el mundo había salido!

Discutí a algún tiempo, rehusando endosarme el traje que se me presentaba. Pero ¿a qué? Yo no era de talla como para resistir a dos guardianes. A lo sumo ¡vaya eso la pena! Hice de tripas corazón. Pero esto no era más que el preudio. Al día siguiente me trajeron un banquero, una vieja lima de dientes gruesos, y con eso debía descortezar nueces, de las que me dejaron una bolsa llena.

Me puse a trabajar. Después de todo era un derivativo. Golpeaba torpemente sobre las nueces. Pero a veces golpeaba en falso y el golpe no era peroido por mis dedos.

A pesar de todo, no pudiendo digerir el traje de presidiario, escribí a Saint-Auban para informarle del caso.

A los pocos días, en todo caso no era un domingo, fui llamado a la sala de recibo de los abogados. Saint-Auban me esperaba.

Le conté — él estaba en condición de verlo, por otra parte — que me habían forzado a ponermelo el traje de presidiario.

Pero por la rabia de no haber sido capaz de decir todo lo que hubiera debido decir, la soledad, el encierro, se me agudaron los ojos en lágrimas, como una Magdalena, al reatarle mis desazones, y mientras me lamentaba le rogaba que no prestara atención, que eran simplemente nervios.

Calmada la crisis, pude terminar tranquilamente de relatar mi asunto. Pero los golpes que me había dado sobre los dedos me habían ocasionado grandes cardenales, que yo estaba en trance de pinchar cuando fui llamado a la sala de recibo. Mis manos sangraban, mientras contaba mi historia y me enjugaba la san-



gre con el pañuelo. Tuve que explicar de dónde venía eso.

Al día siguiente, en la "Libre Parole", en la que él colaboraba, Saint-Auban escribió un artículo emocionante, protestando contra mi alojamiento entre criminales de derecho común, dramatizando las heridas de mis dedos. Eso era enteramente patético, pero se me ocurre muy exagerado.

Pobre Saint-Auban. Espero que el dios en quien él cree, le perdonará esa exageración en favor del propósito.

Pero el fin justifica los medios. No habían pasado cuarenta y ocho horas que el artículo había aparecido cuando yo entré en mi celda al director en persona, que venía a informarme de mi salud. Y que, después de algunos tartajeos insignificantes, me dijo:

—Se le ha puesto el traje de presidiario. No debe ser muy rico, ¿no es verdad? Se le entregarán sus propios vestidos. Se le devolverán, por otra parte, cuando vaya a la instrucción. Los tendrá de nuevo en su poder cuando haya terminado su tiempo.

Luego, al salir, viéndome sobre mi mesa el libro de Flaubert, "Madame Bovary": —¿Desde cuándo se había permitido la entrada de volúmenes, dos a la vez? ¿Cómo se le había permitido la entrada de "Madame Bovary"?

Se fué, sacudiendo la cabeza, como si no comprendiera tamaña falta de disciplina.

El mismo día me quitaron las nueces, se me dieron alambres para coser sobre mapas. Trabajando enérgicamente hubiera podido ganar diez céntimos por día. Al día siguiente se me llamó para la visita del médico.

—Pero yo no he podido ir a la visita — dije al guardián. —Eso no le hace. Usted está inscripto para ir allí.

Fui a ver al doctor. El me preguntó lo que tenía.

—No tengo nada. —Eso no le hace. Le haré una receta. Ya olvidé sus prescripciones. Luego, cuando iba a dejarle:

—¿Le gustará, tal vez, la leche? Le retetaré leche.

Yo, que todas las mañanas bebía mi litro de leche en el escritorio, pensé que no podía caer en mejor ocasión. Vaya por la leche.

Durante una quincena, por lo menos, tuve mi botella de leche todas las mañanas.

Yo sospechaba que ese cambio de frente era debido a la visita de Saint-Auban, pero no fué sino mucho más tarde cuando tuve conocimiento de su artículo.

Durante este tiempo los atentados habían recrudecido en París. Habían tenido lugar explosiones en hoteles amueblados, a la visita del comisario de policía, llamada por una carta de alguien que pretendía suicidarse en el susodicho hotel. Luego, el atentado de Terminus, con el arresto de Emilio Henry, y, en fin, la bomba de la Madeleine, donde pereció Pauwels. La ejecución de Vaillant en seguida.

Saint-Auban me había pasado los números del "Figaro", relutando su proceso, así como sus declaraciones en la instrucción. No quisiera maldecir de alguien que sacrificó su vida por sus ideas, pero yo no pude dejar de pensar, en la lectura, que sus declaraciones concernientes a sus relaciones con Paul Réclus venían allí como tiradas por los cabellos. Yo ignoraba hasta qué punto de intimidad podían haber llegado estas relaciones, muy poco íntimas, creo. Al factarse, ante el juez de instrucción, de sus relaciones con los Réclus, ¿Vaillant no había obedecido a un mequino sentimiento de vanidad? Esto no era admisible, puesto que para Paul Réclus le valió ser introducido en el proceso de los treinta, con veinte años de cárcel en perspectiva.

Después del director fué el guardián jefe el que vino a visitarme. Su primera palabra, al verme escribir, fué decirme: —¿Sabe usted que no puede mandar nada sin autorización?

Yo le di las gracias — interiormente — por el aviso. Tomaría mis precauciones.

Para pasar el tiempo había escrito proyectos de cuentos, novelas, y escrito todo el borrador de las "Aventuras de Nono". Hice pasar esto sin molestar a la administración, sin retardarme en una autorización aleatoria.

Estar encerrado semanas, meses, entre cuatro muros, sin saber lo que pasa fuera, sobre todo cuando uno sabe que se encierra continuamente, que los parientes, que los amigos lo están tal vez ya, esto es hace, de todos modos, pasar momentos dolorosos.

Estaba, es cierto, Saint-Auban, pero no fime tenía a mi sólo para ocuparse. Era una ráfaga de aire fresco que me venía cuando él me visitaba. Pero, por desgracia, sus visitas eran demasiado raras.

A falta de algo mejor, me divertía en echar, desde mi celda, migajas de pan, que venían a picotear los gorriones. Pero un guardián vino a advertirme que eso estaba prohibido, lo que no me impidió, por otra parte, continuar.

El peluquero no vino sino una sola vez a afeitarme. El guardián no abandonó un solo momento la celda.

Una cosa que me intrigó fuertemente y de la cual no he tenido hasta ahora la

(Concluirá).

EMMA GOLDMAN: LA PROSTITUCION

(Conclusión)

Muchachas, todavía niñas, que trabajan amontonadas, en talleres, a veces con temperaturas torridas, durante diez o doce horas al día de una máquina, forzadamente deben hallarse en una constante sobreexcitación sexual. Muchas de esas muchachas no poseen hogares confortables ni nada parecido; al contrario, viven en continua penuria; entonces la cale o cualquier diversión barata le servirá para olvidar la rutina diaria. Todo esto trae como consecuencia natural la proximidad de los dos sexos. Es, pues, muy difícil atribuir cual de los dos factores condujeron a ese punto culminante de la sobreexcitación sexual de la joven; mas el resultado será el mismo. Ese es el primer paso hacia la prostitución. No es ella la responsable, por cierto. Al contrario, esa falta recae sobre la sociedad; es la total carencia de comprensión; nuestra falta de una justa apreciación de los sucesos de la vida; especialmente a culpa es del moralista, que condena a la que cayó para una eternidad, solamente porque se desvió del sendero de la virtud; eso es, porque realizó su primer experiencia sexual sin la sanción de la iglesia y del Estado.

Ella se sentirá completamente al margen de la vida social, que le cerrará las puertas. Su misma educación y todo lo que se le ha inculcado, hará que se reconozca una depravada, una criatura caída para siempre, sin el derecho a levantarse más, sin que nadie le extienda la mano; al contrario, se tratará de humillarla cada vez más. Es así como la sociedad crea las víctimas y luego vanamente intenta regenerarlas. El hombre más mequino, el más corrompido y decrepito podrá aún considerarse muy bueno para casarse con una mujer, cuya gracia comprará muy ufano, en vez de pensar que puede salvarla de una vida de horrores. Tampoco podrá dirigirse a su hermana la honesta en busca de amparo, de au-

explicación, es que cuando yo iba a una nueva celda, a través de mis diversas ideas y venidas, mi cartel no llevaba sino la inscripción ordinaria. Cuando volvía a salir de ella estaba adornada con uno de esos pequeños cuadrados de papel engomado que se pueden desprender de las hojas de estampillas. Yo noté este mismo cuadrado de papel sobre los carteles de aquellas celdas cuando salía para el paseo cotidiano. El susodicho cuadrado de papel me siguió por todos mis cambios de alojamiento en Mazas.

Un día fui llamado a la sala de recibo. Era madame Benoit que, por fin, había obtenido la autorización de visitarme.

Lo que yo me temía se había producido. La policía, en ocasión de una nueva "razzia", les había visitado. Fué el comisario de policía del distrito quien dirigió la operación. No era un mal diablo. "Yo sé que usted no se ocupa de nada, le dijo a Benoit. Le retendré en mi escritorio y pediré instrucciones."

Pero a pesar de sus buenas intenciones le fué dada la orden de conducir a su prisionero al Depósito.

Al tercer o cuarto día fué interrogado —¿Por qué se le arrestó?

—Yo no sé nada. Porque soy pariente de Grave, supongo.

—Debe ser esto, en efecto — dijo el otro. La misma noche los pusieron en libertad.

Por mi visitante tenía, por fin, noticias de aquellos que conocíamos. De los que estaban arrestados. De los que estaban todavía en libertad. La pobre "Révolte" había sobrevivido. Mercier, ayudado por Gauche, había tratado de continuarlas después de mi arresto; pero había sido forzado a abandonar la empresa, después de los nueve números. Toda la correspondencia había sido saqueada en el correo. El periódico no servía sino de emboscada.

(Concluirá).

lo suficiente monstruosa que la persiga y la condene. No es solamente la presa de los que la poseen, durante el ejercicio de su profesión; lo es también de cada policemán y de cada miserable detective que la persiga, de los oficiales de los puestos de policía y de las autoridades de todas las cárceles a donde llegue.

En un reciente libro, escrito por una mujer que regentó una de esas casas, se puede hallar la siguiente anotación: "Las autoridades del lugar me obligaban a pagar todos los meses, en calidad de multa, de \$ 14.70 a \$ 29.70; las pupilas debían pagar de \$ 5.70 hasta \$ 9.70 solamente a la policía". Si se tiene en cuenta que la autora hacía sus negocios en una ciudad pequeña, las sumas que cita no comprenden las extras en forma de contravenciones, coimas, y etc.; de lo que se puede deducir la enorme renta que reciben los policías de los departamentos, extraídas, sonsacadas del dinero de esas víctimas, que ellos tampoco desean proteger. Guay de la que se rehusa a oblar esa suerte de peaje; será arrastrada como ganado, aunque no fuera más que para ejercer una favorable impresión sobre los honestos y buenos ciudadanos de esas ciudades, o también para obedecer a las autoridades que necesitan cantidades extras de dinero, además de las licitas. Para las mentalidades enturbiadas por los prejuicios que no creen a la mujer caída incapaz de emociones, le será imposible imaginarse, sentir en carne propia la desesperación, las afrentosas humillaciones, las lágrimas candentes que vierte cuando la hunden cada vez más en el fango.

¿Parecerá acaso extraño que una mujer que regentara una de esas casas sepa expresarse tan bien, con tal vehemencia, sintiendo de tal manera? Más extraño me parece el proceder de este buen mundo cristiano que supo sacar provecho, trasquilar, hacerle pagar su tributo de sangre y dolor; a semejanza criatura y luego no le ofrece otra recompensa que la de tracción y la persecución. ¡Oh la caridad de este buen mundo cristiano!

Se está investigando con mucha violencia contra la trata de blancas que se importa desde Europa a Norte América. ¿Cómo podrá conservarse virtuoso este país si el viejo mundo no le presta su ayuda? No niego que en una pequeña parte sea esto verdad, tampoco niego que existen emisarios en Alemania y en otras naciones haciendo su innoble comercio de esclavas con los Estados Unidos. Pero me niego absolutamente a creer que este tráfico asuma apreciables proporciones, en lo que respecta a Europa. Si es verdad que la mayoría de las prostitutas de Nueva York son extranjeras, sucede también por lo mismo que la mayoría de su población está compuesta de extranjeros. Desde el momento que se va a otra ciudad del territorio norteamericano, Chicago, por ejemplo, encontraremos que las prostitutas extranjeras se hallan en ínfima minoría.

Igualmente exagerada es la creencia basada en que la mayoría de las mujeres que comercian sus encantos en las calles de esta ciudad, ejercitaban el mismo tráfico en sus países respectivos antes de venir a Norte América. Muchas de estas muchachas habían un excelente inglés, se americanizaron en sus modales y su vestir, — lo que es un fenómeno imposible de adaptación, de verificarse, a menos que hayan permanecido bastantes años en este país. Lo cierto es esto, que fueron arrastradas a la prostitución por las condiciones del ambiente norteamericano, a través de las costumbres norteamericanas, inclinadas a un lujo excesivo, a la anición desmedida por sombreros y vestidos vistosos, y naturalmente para todas estas cosas se necesita dinero, — un dinero que no se gana en las fábricas, ni en las tiendas.

En otras palabras, no hay razón para creer que ningún grupo comercial de hombres desean correr los riesgos de gastos exorbitantes para importar aquí productos extranjeros, cuando por las mismas condiciones del ambiente el mercado rebasa con miles de muchachas del país. Por otra parte, hay también pruebas suficientes para afirmar que la exportación de mujeres jóvenes norteamericanas, no es tampoco un factor desdénable.

Aquí está un ex secretario de un juez de Cook County, Ill., Clifford G. Roe, quien acusó abiertamente que se embocaban muchachas del Estado de Nueva Inglaterra para el exclusivo uso de los

empleados del Tío Sam en Panamá. Mr. Roe agregaba que le pareció que había un ferrocarril subterráneo entre Boston y Washington, en el que continuamente viajaban mujeres de esas. ¿No es muy sugestivo que esa línea ferroviaria vaya a morir en el centro y en el corazón de las autoridades federales? Ese Roe dijo mucho más de lo que se desaba en las esferas oficiales, y la prueba es que al poco tiempo fué destituido. No es muy sensato que los empleados de la administración nacional se pongan a narrar cierta clase de cuentos.

Las excusas que se adujeron para ammorar la gravedad de este suceso, estribaban en las particularidades climáticas de Panamá y en que allí no existía ningún meretricio. Es el sólido sofisma, la sólida hoja de parra con la que un mundo hipócrita quiere escudarse porque no se atreve a enfrentar la verdad.

pa como un foco de infección, de donde proceden la mayoría de las enfermedades sociales que llegan a las playas norteamericanas. Y esto es tan absurdo como proclamar que la raza judía es la que proporciona el más cuantioso contingente de esta desarmada presa ante todos los apetitos. Estoy segura que nadie podrá acusarme de nacionalista en ningún sentido. He podido despojarme de este prejuicio como de otros — de lo que me hallo muy satisfecha. Es por eso que me fastidia oír la afirmación de que aquí se importan las prostitutas judías, y si protesto acerca de tal infundio, no es por mis simpatías judaizantes, sino por los rasgos inherentes de la vida de esa gente, que conozco muy bien. Nadie ha de decir que las jóvenes judías emigran a tierras extrañas, si no sabe que algún pariente cercano o lejano ha de acompañarlas. La muchacha judía no es aventu-

ra. Hasta el año 1894 estaba muy poco difundido en Norte América el hombre que vivía exclusivamente de las mujeres adivinas. Por entonces tuvimos unos ataques epidémicos de virtud. El vicio debía ahorrarse y el país purificarse a toda costa. El cáncer social fué extirpado del exterior para que sus raíces arraigaran más hondamente en el organismo de la nación. Los propietarios de prostibulos y sus infelices víctimas se hallaron a merced de la policía. Se subsiguió la inevitable consecuencia con exorbitantes multas, las coimas y la penitenciaría.

El sacrificio de Sacco y Vanzetti



Dibujo de Daenens

Después de Mr. Roe se halla James Bronson Reynolds, quien hizo un estudio completo de la trata de blancas en Asia. Siendo este un típico norteamericano y amigo del futuro Napoleón estadounidense, Teodoro Roosevelt, se puede asegurar que es el último hombre que intenta descreditar las virtudes innatas de su país. Así es como nos informa sobre los establos de Augias del vicio norteamericano. Hay allí prostitutas norteamericanas que se pusieron de tal modo en evidencia, que en el Oriente la "American girl" es sinónimo de prostituta. Mr. Reynolds le hace recordar a sus conciudadanos que mientras los norteamericanos en China se hallan bajo la protección de sus consules, los chinos en Estados Unidos están completamente desamparados. Todos los que conocen las brutales y bárbaras persecuciones que la raza amarilla soporta en casi toda la costa del pacífico, han de ver con agrado la amonestación de Mr. Reynolds.

En vista de todos los hechos descriptos, es un poco absurdo señalar a Euro-

Adjudicar el aumento de la prostitución a la alegada importación extranjera, al hecho de extenderse cada vez más el proxenetismo, es de una superficialidad abrumadora. Como ya me referí al primer factor, el segundo, los proxenetes, detestables como son, no se debe ignorar que forma parte esencialmente de una fase de la prostitución moderna, — fase acentuada por las persecuciones y los castigos resultantes de las esporádicas cruzadas llevadas a cabo contra ese mal social.

El proxeneta, no dudando que es uno de los miserables especímenes de la familia humana, ¿en qué manera puede ser más despreciable que el policemán, quien le arranca hasta el último centavo a la pobre trotadora de la calle para luego conducirla presa todavía? ¿Criminal o proxeneta ha de ser más criminal, o una más grande amenaza para la sociedad cuando los propietarios de grandes almacenes, de tiendas o fábricas, buscan sus víctimas entre el personal femenino para satisfacer sus ansias bestiales y después envíanla a la calle? No intento defender al proxeneta de ningún modo, mas no comprendo por qué se le ha de dar caza despiadadamente, cuando los verdaderos perpetradores de las iniquidades sociales gozan de inmunidad y de respeto. Entonces, hay que recordar muy bien que ellos también contribuyen a hacer a las prostitutas, no solamente el proxeneta. Es por nuestra voracidad hipocresía que se creó la prostituta y el proxeneta.

En el año 1894 estaba muy poco difundido en Norte América el hombre que vivía exclusivamente de las mujeres adivinas. Por entonces tuvimos unos ataques epidémicos de virtud. El vicio debía ahorrarse y el país purificarse a toda costa. El cáncer social fué extirpado del exterior para que sus raíces arraigaran más hondamente en el organismo de la nación. Los propietarios de prostibulos y sus infelices víctimas se hallaron a merced de la policía. Se subsiguió la inevitable consecuencia con exorbitantes multas, las coimas y la penitenciaría.

Las pupilas antes relativamente amparadas en los meretricios, por representar el cierto valor monetario, se encontraron en la calle como presas indefensas de Desesperada, necesitando que alguien las protegiera amándolas, les fué muy fácil caer en los brazos de los proxenetes, — uno de los productos más genuinos de nuestra era comercial. De ahí que la modalidad social del proxenetismo no fué más que una excrecencia natural de las persecuciones de la policía, de las bárbaras punitivas y el intento siempre frustrado de suprimir la prostitución. Sería absurdo confundir esa faz moderna de los males sociales con esta última.

La opresión simple y pura y los proyectos de leyes coercitivas no han de servir más que para amargar a la infortunada víctima de su misma ignorancia y estupidez, y luego llevarla a la última degradación. Uno de ellos logró su máxima severidad, proponiendo que a las prostitutas se les diera el tratamiento de los criminales, y las cogidas en flagrante, se las penaría con cinco años de cárcel y 10,000 dólares de multa. Semejante actitud sólo demuestra la obtusa incomprensión de las verdaderas causas de la prostitución, como factor social, como también esto es una manifestación del puritanismo espiritual de otros días sangrientos en la historia del Puritanismo.

No existe un escritor moderno que al tratar este asunto no señale la completa inutilidad de estos métodos legislativos con sus innumerables medios de coerción. El Dr. Blaschko dice que las represiones gubernativas y las cruzadas moralizadoras nada consiguen más que dispersar el mal social que quieren combatir por miles de otros conductos secretos, multiplicando así los peligros para la sociedad. Havlock Ellis, el temperamento más humanitario y el estudioso más profundo de la prostitución, nos hace comprobar: con el fehaciente testimonio de citas históricas, que cuanto más drástico es el método de represión, mucho más empeora las condiciones de ese mal. Entre una de esas citas se halla la siguiente: "En 1560 Carlos IX abolió con un edicto todos los prostibulos; pero el número de las meretricios no hizo más que aumentar, mientras otras casas de lenocinio fueron apareciendo clandestinamente, siendo muchos más peligrosas que las anteriores. A despecho de esa legislación, o por causa de

era. Hasta hace pocos años no abandonaba su hogar, aun para ir a la próxima aldea o ciudad, donde podía visitar a alguien de su relación. ¿Es entonces probable que una joven judía deje su familia, viaje miles de millas hacia tierras desconocidas bajo la influencia de promesas y de fuerzas extrañas? Id si queréis hacia esos grandes transatlánticos y comprobad si esas muchachas no llegan acompañadas con sus parientes, hermanos, tías o familias amigas. Habrá excepciones, naturalmente, pero de ahí a establecer que un gran número de jóvenes judías vienen importadas con el propósito de la prostitución y de cosa aparecidas, es desconocer completamente la psicología hebrea.

VI

Cuanto problemas quedan enunciados, y casi, casi literalmente resueltos, con estos breves esbozos doctrinarios, no son ni extraños ni utópicos. Todos tienen honda raíz anarquista, y afirmamos — en virtud de nuestra constatación —, que pueden tener en el presente regular ubicación si la individualidad anarquista se empeña, no obstante reconocer los serios inconvenientes que pone el régimen capitalista, en toda su acepción. La sociedad futura de que nos hablara el estimado Grave, no saldrá del milagro. El mesianismo pertenece a las almas puras... iluminadas por la fe en el Redentor — Budha, Moisés, Mahoma, Jesús, San Lenin, San Marx, Tolstoy, etc., etc. — y por nosotros etcétera por prudencia.

Hay también visionarios y crédulos del anarquismo, que cifran sus esperanzas en una bíblica multiplicación de los panes y de los peces, en una especie de manía anarquista, por obra del milagro, o al conjuero profético de nuestros apóstoles...

Para ellos — como para Nietzsche — la historia es la rebusca de las individualidades, la eterna noria girando alrededor del jefe. Así, pues, la anarquía, según esos adoradores, vendrá a reinar sobre la Tierra, invocándola con transubstancias doctrinales. Todo lo esperan de la bondad anárquica, como los católicos todo lo aguardaban de los favores del cielo y la piedad de sus dioses...

Y no... La anarquía tiene que salir de nuestro esfuerzo masculino. Desde ya debemos capacitarnos intelectualmente y crear nuestra fuerza moral y revolucionaria — ideas-fuerzas — para prepararnos éticamente y predisponernos para poder acoplar la anarquía a la vida humana.

Por estas razones, el cuadro que hemos presentado de moral y acción anarquista, es una síntesis de conducta intransigente, que el anarquismo — los anarquistas — debe practicar en todo momento, sin intermitencias ni compás de espera, intergriamente.

¡Cuánto más superiores, netamente anarquistas, son dichas pequeñas idealidades, las cuales vinculadas forman el todo de la anarquía, que los manotazos y gritos a que nos tienen acostumbrados la mayoría de los individuos y los periódicos *soldisant* anarquistas!

Un poquito más y terminamos. Dispensados antes, camaradas anarquistas, la incapacidad en nosotros — en mí — proverbial para decir en cuatro líneas lo que tan lejos nos ha llevado.

Los problemas actuales del anarquismo son como cuatro caballos de apocalipsis: Explotación, Tiranía, Ignorancia y Amoralidad. Y los jinetes que en ellos cabalgan, cual si fueran Arcontes de la Muerte, todo lo arrasan, aniquilan y destruyen. Precisa, pues, oponer nuestra resistencia a esa invasión de vándalos contemporáneos. ¡Hay que edificar nuestras murallas y organizar nuestros batallones de contraataque, que salgan al encuentro del ejército invasor, dispuestos a defender las naturales prerrogativas humanas de nuestra dignidad, y al instante iniciar un movimiento envolvente de ofensiva, con presencia anarquista, con conocimiento de futuro!

La unión — como ya creemos haber dicho — no solamente es de guerrilla, de pelear a brazo partido con el hulano enemigo. Además de esa gallarda combatividad, la actuación es otra y precisamente variada, obedeciendo todos los movimientos — volvemos a afirmar — a las directrices de la mentalidad anarquista. Nada de movimientos específicos, independientes entre sí. Autonomía y federalismo — como dice el serio camarada Buenacasa — que liberte, pero que también relacione armoniosamente todos los aspectos de la propaganda y fructificación de las ideas, saliendo éstas de un mismo sistema coherente y volviendo a entrar en él. Acción de subversión económica — plataforma —; acción de subversión política, civil, ciudadana o social — como se prefiere decir — y acción de subversión popular — clase media, camarezas o ramerías, jugadores, etc. —; acción de agitación general.

Organización proletaria; organización de la enseñanza racionalista, escuelas para párvulos, universidades para adultos y jóvenes obreros; organización de la propaganda moral, creando un buen servicio de prensa, librería y editorial, fran-

camente anarquistas. (La Editorial "LA PROTESTA", Buenos Aires, puede ser un ejemplo de nuestros deseos, éticamente anárquicos); organización del cuadro de oradores, que con notoria suficiencia — por la voluntad, el fervor ideal y la inteligencia mancomunadas — lleve por doquier el verbo de la anarquía; organización antimilitarista; organización "pro presos anarquistas"; organización de cuadros dramáticoartísticos. El teatro es un vehículo de ideas si lo sabemos aprovechar, ocupando su escenario dignamente. Captación del arte y de la ciencia, que expresan nuestros anhelos evolutivos, transformistas y naturales. Su divulgación. Creación de un verdadero movimiento cultural ecléctico, es decir: que no se circunscriba a la preferencia de la ideología anarquista, no obstante ser la más sana, hel'a y perfecta.

Los trabajadores y quienes, simpatizando con el anarquismo, ayudan a nosotros, deben poseer, además del conocimiento de nuestras teorías, una ilustración general de cuanto ha producido el acervo humano. Idem los anarquistas integrales. Lo contrario es un mal menor para ellos y para nosotros. Adeante.

Un buen método de propaganda y agitación antirreligiosa, una especialización de crítica de la Historia, dedicada al desmenuamiento de los hechos más decisivos del pasado, incluso con una disección minuciosa de las costumbres, la moral y la tradición antiguas; perfecta comendancia y compenetración con la topología racional (admitimos siempre el relativismo de los determinismos sociales, que establecen las leyes económicas); disección concertada hacia las mujeres y los jóvenes proletarios de ambos sexos, con ánimo diligente de emanciparlos de viejas tutelas y despertar en ellos nobles apertencias de amor natural.

¡El último brochazo! ¡Tened paciencia, amigos!

Difundido el anarquismo en esas ramas del trono de la Vida, la resolución fundamental — he ahí lo interesante, lo fundamental — de los problemas actuales, que tiene planteados, será pronta, firme, positiva, real, nada hiperbólica, nada declamatoria.

¿Medios para provocar un esfuerzo internacional contra la reacción autoritaria? ¿Medios...? ¿Medios!

Expuestos quedan. Aisplense a las circunstancias.

La reacción autoritaria no es sino el aletazo de una sociedad moribunda, que ha sido herida y se ve acorralada por los cachorros de la Revolución Social.

A los avances indómitos del anarquismo, las huestes conservadoras, malheridas, se aprestan a la defensa. Para ello escogen gobiernos de fuerza — las dictaduras — que restablezcan el orden, restañe sus heridas y les asegure la paz de chupópteros. No cabe sino seguir nuestro paso de columna proletaria, bien pertrechados de dinamita cerebral y disolvente.

Donde el grueso de la marcha anarquista, camino de la triple conquista: Roma, Bizancio y Rusia, autoritarias, haya sido impedida y nuestros camaradas hechos prisioneros de Guerra Social, no cabe sino rendirse al imperio de la fuerza estatista, y como lo posibiliten las nuevas circunstancias, comenzar a rehacer el cuadro de luchadores, reconstituyendo nuestros equipos...

El anarquismo que haya quedado libre de las mallas de la ley, debe iniciar, en la intimidad de la convivencia diaria con los trabajadores, su labor reconstructora de un nuevo renacer revolucionario.

Entonces, la gata protesta airada y amenazadora, con rayos exterminadores de rebelión, se deja oír en el trabajo. Poco a poco se ve cómo sube a la superficie social un resurgir de la conciencia proletaria, que despierta otra vez del sopor conformista que la alertagaba con indolencias morunas.

Los camaradas permanecen realmente insubordinados al poder legislativo y regidor, negando prácticamente a la autoridad y rechazando la fiscalización policial, en los nuevos actos y movimientos nacientes, que van en *creciendo*, como las olas de un mar enfurecido.

Con buen sentido, el anarquismo rehuye la intervención del nuevo gobierno dictatorial, rechazándolo en sus funciones revolucionarias. En pleno régimen especial... lucha por regirse automáticamente y no desaprovecha ocasión para afir-

mar, con actos subversivos, su independencia. Entonces es cuando más que nunca el anarquismo demuestra su vigor, se desenvuelve en la libertad y puede gritar a la burguesía todos sus crímenes, sin atenerse a fórmulas constitucionales. No es extraño ver en esos momentos de ilegalidad jurídica, asomos de rebelión, grandes manifestaciones numéricas de proletarios, caminando por las ciudades, en unión compacta, tras algún fin y reunidos sin permiso policiaco, como haciendo ensayos de revolución social.

Lo principal a realizar es la intensificación de las ideas críticas, que pintan las desfachateces de la reacción, ridiculizándola. Sátira por aquí, censura por allá, descredito por todas partes.

Manifiestos, grabados y folletos, que sean como pregones de revuelta, iguales que verbo incitador a la pelea.

Con todo, ir directamente a formar la conciencia en el pueblo, que repudie a la reacción, a la dictadura, que maldiga al tirano. Gastar, pues, el nuevo estado de cosas, haciéndolo trepidar de manera silenciosa, hasta que caiga, desbocado, en el barranco de su fin. Provocar choques entre revolucionarios y milicos, para desgastar la fuerza gubernamental. Cargar sobre la figura del dictador: todos los crímenes imputables al nuevo régimen. Descalificarlo *sotto voce* unas veces, con alta voz otras — según las posibilidades — mostrando sus llagas, pública y privadamente, y averiguando su vida de cretino, de crapula, de facineroso. Todos ellos lo son. Exponiéndolos a la vindicta popular. Dirigiendo contra ellos todos los tiros, como elementos representativos de un estado excepcional de faccionismo absolutista. Caído el tirano, el ídolo de las clases conservadoras, la propia burguesía se encoge de pánico y deja paso, atemorizada, a las nuevas concepciones sociológicas.

Salgamos al paso, diciendo que no hacemos la apología del atentado. En fin, el anarquismo puede realizar un esfuerzo contra la reacción, de mil maneras, pero siempre procediendo con tacto, con inteligencia, con verdadera cohesión y clara visión de las cosas, aspirando siempre a obtener los mayores resultados con el menor desgaste de fuerzas y evitando dolores inútiles, a los camaradas, al proletariado y a la humanidad. En lo internacional mucho es lo que tiene que hacer el anarquismo, tanto en lo consubstancial como en lo extrínseco o accesorio.

El proletario padece enormemente males sin cuento, por la carencia de un pie internacional de universales condiciones de trabajo, principalmente en las industrias que tienen una ligazón mundial. De un país a otro, el pueblo productor se hace una competencia monstruosa. Y en cada región se pelea por diferentes objetivos inmediatos; cuando debieran estar situados a un mismo nivel e indentificados en un plano de igualdad!

Revolucionariamente, el anarquismo intercontinental puede mutuamente prestarse inapreciables servicios y toda la solidaridad de nuestros ideales. Recíproca ayuda de hombres; intercambio de propaganda; donación de materiales de agitación y lucha violentísima; envío de dinero para la organización, el socorro a los caídos y la actuación eliminada de obstáculos. En cada país, el anarquismo aborigen debe agitar las pulsaciones locales con tenaces campañas contra el país o las naciones sometidas a las durezas neronianas de las dictaduras: Italia, España, Bulgaria, Rumania, Grecia, Japón, China, Rusia y Estados Fronterizos en ese continente, Perú, Chile, Bolivia, Venezuela etcétera. La labor incansable de descredito y vindicación debe ser tal, que ponga en vibrante tensión los ánimos y la indignación de los connaturales. Recordamos, a este efecto, la agitación universal en 1909, en virtud de las intensas propagandas libertarias que se giraron por Europa y América, con motivo del asesinato del estimado Ferrer y la represión por los acontecimientos de la Semana Roja, con cuya acción se relegó al ostracismo político a los fuestos y criminales Maura y Cierva).

He ahí, pues, un ejemplo elocuentísimo de esfuerzo internacional contra la reacción y de virtualidad realmente revolucionaria del anarquismo. De fronteras afuera deben llegar, a los anarquistas de dentro, muchos millares de impresos y material gráfico, redactado con la virili-

dad y enjundia de las verdaderas locuciones rebeldes. Además — y esto se comprende — la propaganda debe ser impresa en el idioma racial de las gentes a que va dirigida amén del exacto conocimiento de la situación e nque se encuentran, es decir: conociendo el problema, sobre el cual se agita al proletariado afectado.

Esto no es todo. Los anarquistas del exterior deben acoger con cariño a los camaradas fugitivos, dispersados por los reveses de las luchas contra sus gobiernos nacionales. Han de proporcionarles manutención, alojamiento, haciéndolos objeto de cordial solidaridad. Sobre todo están en la obligación de buscarles colocación, trabajo, con el cual ganarse, el compañero huido, su propia subsistencia y en virtud de lo cual no daremos pasto al vagabundaje, que se acusa con alguna frecuencia, bajo el pretexto de "perseguido".

El verdaderamente perseguido — el luchador sincero — debe ser informado, el detalle, del balance internacional de las contiendas, si él de por sí no pudiera constatarlo por cualquier causa. Con todo lo cual el anarquismo debe procurar conservar en sus militantes, aherrajados o no por las dictaduras, avivado el inextinguible "fuego sagrado" de la enérgica protesta contra el opresor. ¡Cuidado pues, con que la animosidad rebelde del camarada emigrado pierda su tensión al caer en un ambiente de colchón muelle! ¿Qué más falta...? El detalle que quede sin expresar agréguelo la intuición del camarada lector.

Las perspectivas de acción son muchas. El ambiente para la buena propaganda, más acogedor moralmente que nunca. Y esto, a pesar de todos los pesares de arriba... de abajo... y de nuestro medio... ¡Ironías de las confraternidades... El anarquismo, que tiene su brillante historia — digna de ser escrita y espléndidamente biografiada — según un escritor liberal burgués — es un alto valor a ningún precio cotizabile — ni de la alcahuetería de los neos — y puede y debe explorar y luchar sólo, sin pactos y alianzas políticas, que son devaneos de gente sin fervoridad y amor ideal más que transacciones y beligerancias de trañsfugas del anarquismo.

¡Ya puede la anarquía exigir vía libre, ya!

El mundo se convulsiona, bajo el peso de las tiranías de todos los colores, e inconscientemente se conmueve, pensando, sintiendo y evolucionando en lo sincrético, por lo simple y vocativo, del anarquismo. Esos síntomas nos ven halagadores.

Una ojeada que echáramos por la decadencia de Occidente — tenemos vivos deseos de leer la obra de Spengler, que lleva ese título — y una mirada penetrante por el Oriente, que renace de su postramiento milenarío, nos mostraría la gran ascendencia que aguarda al ideal anarquista.

Hágalo el lector y me privará de ocupar más espacio.

Quizá en otro apartado de esta encuesta nos veamos precisados a argumentar, apropiándonos de esos elementos que se desprenden de dos civilizaciones de tipo doctrinal contrapuesto. Actualmente, el anarquismo va penetrando por los intersticios de la vida, confirmándose así la retumbante sentencia filosófico-social del librepensador (?) capitalista: "Anarquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la Historia.

Y bien. Con sus problemas actuales planteados, como proposición matemática de un teorema, el anarquismo militante — el proletariado emancipador — celoso y hurafío en la integridad de sus aristas, asperezas e intransigencias, puede lanzar a los cuatro puntos cardinales su grito sin par de "Tierra y Libertad!", con el invencible propósito de llegar a vías de demostración por la anarquía.

Es de ahora que el anarquismo, para representar: un esfuerzo eficazísimo contra la reacción internacional, debe enhiestar al viento de todas las tormentas autoritarias, su ígneo y grandioso lema:

"Organización, Agitación, Educación, Solidaridad, Revolución".

España, 1926.